

## Cerremos filas, ¡adelante! María Cano, “Flor del Trabajo”

*María Cano, la Virgen Roja*

BEATRIZ HELENA ROBLEDO

Debate, Bogotá, 2017, 363 pp.

AUNQUE *María Cano, la Virgen Roja* parezca, en un sentido estricto, una biografía, no lo es tanto al reconocer su propósito ulterior, esto es, el de servir como homenaje y retrato humano de uno de los personajes clave en la defensa de los derechos de los trabajadores en una Colombia que fuera escenario de masacres como la ocurrida en Ciénaga, Magdalena, en diciembre de 1928, la llamada masacre de las Bananeras. La autora de este libro, Beatriz Helena Robledo (Manizales, 1958), revisó pacientemente documentos, testimonios, cartas y artículos en aras de elaborar su reconstrucción periodística y narrativa sobre la vida y obra de la que fuera la activista política quizá más importante de la primera mitad del siglo pasado, María de los Ángeles Cano.

Beatriz Helena Robledo incursiona una vez más, con *María Cano, la Virgen Roja*, en la escritura de una biografía de cariz más bien literario, como ya lo había hecho con su libro *Rafael Pombo. La vida de un poeta* (2005) o con su *¡Viva la Pola!* (2010), biografía sobre Policarpa Salavarrieta —publicada en Bogotá por el Instituto Distrital de las Artes en su colección Libro al Viento—, y lo hace recurriendo a lo que deliberadamente ella define como “licencias poéticas”.

Vamos al libro. Reconocer de entrada aquello que Beatriz Helena Robledo subraya al explicar los caminos que ha de tomar su reconstrucción biográfica sobre María Cano para darle al libro un enfoque más humano, recurriendo incluso a las pequeñas invenciones y escarceos psicológicos en los momentos en que la historia carezca de documentos para seguir el curso de una vida tan llena de matices como la de su protagonista, significa por igual asomarse a lo que promete ser, desde un principio, un libro único y revelador que se propone ahondar en el dramatismo y complejidad de su

vida y de su época. Ya en sus palabras liminares, la autora confiesa que escribe no como historiadora sino como literata: “Me interesan los pequeños detalles, las atmósferas, las miradas y los sentimientos y pensamientos de sus protagonistas”. Luego, en lo que a “invención” se refiere, la empresa “poética” de este libro puede reconocerse en la manera en que se dan —en la lectura— los aspectos, digamos, canónicos de un ensayo: las citas y fuentes de los hechos y documentos, referenciadas debidamente a pie de página y juiciosamente documentadas en el apartado bibliográfico del libro. Y junto a estos aspectos, encontramos la novela: personajes que van delineándose en el libro junto a una María humanizada por diálogos y revisiones de corte personal, desde una infancia de descubrimientos emocionales y literarios hasta las ideas de corte liberal que le fueran inculcadas en su etapa escolar, pasando por una Colombia que se narra a partir de los detalles y la reflexión. Un país que es contado desde la temprana muerte de los padres de María —Rodolfo y Amelia—, justo hasta el momento de su propia muerte, ocurrida el 26 de abril de 1967.

*María Cano, la Virgen Roja* puede ser leída tanto por estudiosos de la historia como por lectores de novelas biográficas. La juiciosa labor que la investigadora y profesora universitaria Beatriz Helena Robledo logró concretar en este libro aleja esta empresa del pastiche efectista y permite recordar a María Cano como una intelectual y pensadora de su época: una mujer expuesta a una Colombia convulsionada y atropellada que en cada postal del libro nos lleva de vuelta a un reconocimiento de nuestra cultura e idiosincrasia. Sirvan de ejemplo los pasajes en los que Robledo rescata artículos de Cano, publicados en diarios como *El Correo Liberal*, en los cuales subyace todo tipo de reflexiones que hacen de María Cano un personaje entrañable, más allá de la figura fuerte que se esperaríamos de un prócer o combatiente político de la historia:

Leer: es innegable que por rudimentario que sea un cerebro, por dormida que esté un alma, es este siempre un placer y un bien.

He ahí esa gota ansiosa: nuestro pueblo amado. Pueblo, corazón

sencillo y blando, que la mano del amor puede modelar y la mano de la belleza puede fecundar. Pueblo poeta que siente sus alas crujiendo en la cárcel ruda de la ignorancia, golpear estremecidas cuando las acaricia vientos de bienestar y de saber.

Vigoricemos su espíritu, hagámonos comprensivos, conscientes. No nos abroquelemos en el sofisma de que es abrir en su cerebro la fuente torturadora del análisis. Es tortura pero es vida, es fuerza motriz. El saber es mano que cuando estruja modela. Así de recio en informe granito hace la esbelta columna que sostiene el templo de la civilización. (p. 118)

El relato acerca de los sucesos sociales y culturales que envolvían el período nos permite además entender la manera en la que se modelaría el espíritu de María Cano, rodeada como estaba de un mundo lleno de anarquía y socialismo que reclamaba alguna acción de su parte, llamada a disentir de la injusticia perpetrada ante sus ojos. Este desarrollo cronológico a través de su naciente vida revolucionaria, sus primeros poemas, sus clubes literarios, así como sus discursos de talante social e intelectual, lleva el libro a su clímax, el de una mujer a la que el pueblo apodaría “la Flor del Trabajo” (otros apelativos son “la abanderada de los pobres” o “la virgen proletaria”) y quien se viera definitivamente llamada a encabezar una serie de giras en pos de la lucha por los derechos del pueblo. Allí asistimos, por ejemplo, a su defensa del líder indígena Quintín Lame, a su participación en el Congreso Nacional Obrero, o a la fundación del Partido Socialista Revolucionario (PSR). La lectura devela aspectos puntuales de los procesos y detenciones de los que fuera víctima María Cano en su correría por el país, y también pone sobre la mesa aspectos emocionales de una mujer entregada a su propósito pero invadida por el amor y otros sentimientos contrarios que obligan a profundizar en su relación con el que fuera uno de sus principales aliados en la lucha, Ignacio Torres, así como con Eddy, hijo de Torres, con el que habría de mantener una nutrida correspondencia hasta el final de sus días.

Se trata de una historia que lleva la realidad biográfica del terreno de lo llano y reconocible al mundo de la realidad humana, llena de entresijos y pliegues en los que se escribe otra suerte de relato: uno que solo es posible desde la especulación amorosa o existencial que supone la literatura. Así ocurre cuando acude a la memoria de una María ya melancólica por los achaques de la edad —y poco antes de la muerte de su hermana mayor, Carmen Luisa— la imagen de Ignacio Torres, el machista que en su juventud la habría despojado de la posibilidad de exhibir orgullosa “vestidos de flores que usaba, haciendo que vistiera trajes grises, aseñorados”. Entonces María, concluye el relato, “en silencio, supo por primera vez, y a sus 72 años, que el amor la había derrotado”.

La vida de María Cano se presta para el ejercicio, sobre todo por tratarse de una historia cuya injusticia mayor es precisamente la de asistir a la caída de su protagonista: desde el fracaso de su partido, el PSR, y pasando por el escenario que por entonces se planteaba para el país tras la masacre de las Bananeras; por los problemas al interior de la Internacional Comunista y su juicio político al PSR y sus exdirigentes; para llegar a la que sería su nueva vida, ya excluida de la lucha revolucionaria y confinada en su destierro como obrera de la Imprenta Departamental hasta su muerte. Quedaban entonces, para la posteridad, las hazañas de su labor y quizá la esperanza de otra suerte para los trabajadores del país.

**Carlos Andrés Almeyda Gómez**